

Las primeras lunas

Moya, Ana G. (2008): *Semillas de papaya a la luz de la luna*, Emecé, Buenos Aires, 293 páginas (novela histórica).

por Adrián Ferrero

Universidad Nacional de La Plata

Cuando un escritora o escritor se propone narrar un episodio no completamente imaginario o, más preciso sería decir, donde la imaginación social trabaja en función de acontecimientos efectivamente acaecidos o emanados del orden de “lo real”, particularmente de un pasado remoto, documentado pero no reciente, acontece eso que la industria editorial, en su retórica implícita de los géneros o subgéneros literarios ha dado en llamar “novela histórica”. Estribando más en colecciones que en rasgos efectivos, estas novelas o volúmenes no siempre responden a patrones comunes y, menos aún, ideales.

¿Qué dificultades debe afrontar una escritora, en este caso, frente a un material previamente registrado en la historiografía, en crónicas de viajeros, en testimonios polifónicos y dialógicos, constatables, verificables, de los cuales perduran residuos dudosos, como decíamos, registros tanto orales como escritos, volúmenes de interpretación e investigación *a posteriori*? En principio sentar una suerte de verosímil ficcional que no se aparte de un modo radical de esa suerte de “verdad histórica”, la cual ha elegido y a la cual debe atenerse, al menos a medias. Así, verosímil ficcional, verosímil historiográfico no entran en colisión y, en cambio, se solidarizan para

que no sucumba. Sabemos, además, que cada suceso, así sea del orden de lo referencial, se torna lenta pero irremisiblemente ficcional en función de que los relatos suponen operaciones de transposición lingüística y operaciones de utilización de figuraciones propios de la narratología, de la ficción, en fin, no de las ciencias sociales.

En este sentido, entre el orden de “lo real” y sus relatos y el orden de lo imaginario, mediado por la escritura creativa, se produce una suerte de combate implícito en el cual las versiones litigan. Relatos y contra-relatos, narraciones y anti-narraciones, versiones contrapuestas que entran en conflicto, se disputan en el orden simbólico una especie de “verdad” donde las ideologías sociales se articulan y desarticulan (de modo beligerante) para dar curso no sólo a una verdad siempre discutible, en cualquier ámbito del discurso, pero también de lo que se ha dado en llamar una historia oficial y una historia de quienes fueron avasallados o aplastados por el poder (en este caso militar) de los conquistadores y exploradores españoles, que irrumpieron en la realidad americana provistos de armas más complejas, más sofisticadas y más letales que las que manejaban los y las aborígenes. Sin ser estrategias refinados, desconcertados ante la

impetuosamente llegaban a sus confines, los españoles especularon con todas esas sorpresas y desconciertos, aún con las fantasías que su presencia suscitaba entre los indígenas.

El conocimiento del terreno, el pertenecer a la realidad americana como “lugareño” y no como invasor, el conocer a fondo sus ecosistemas y sus ámbitos toponímicos, no garantizaron una victoria que fue, en cambio, avasallamiento en virtud de que los aborígenes de tierras americanas (México, Guatemala, Bolivia, Argentina, Paraguay, entre otros Estados-nación actuales) no disponían ni de las intenciones de saqueo ni de agresión de los conquistadores. Existían, es cierto, rencillas y ciertas luchas internas entre tribus por el poder pero ello no dejaba de garantizar ciertos pactos. Asimismo, las columnas militares españolas estaban integradas por varones, en tanto los pueblos aborígenes eran ciudadelas antiquísimas habitadas por mujeres, niños y niñas y hombres. De esta manera, la superioridad se articuló con un tipo de violencia que se ejerció sobre los cuerpos al tiempo que se desarticulaban formas de simbolización social mediante la imposición de un culto monoteísta exógeno. Es por ello que se habla de “la violación de América Latina”. Los soldados españoles, ávidos por satisfacer sus deseos más pulsionales después de esas largas expediciones intragenéricas, no dudaron en abusar de la integridad física de mujeres y niñas aborígenes, en ocasiones engendrando hijos que podrían tildar de “bastardos”, en la medida en que eran producto de un acto de violencia y no del consentimiento de ambas partes en el coito.

No resulta menor, en la novela que nos toca reseñar, la avidez lúbrica, la lascivia de los conquistadores, con la consiguiente prole

de mestizos, producto de la agresión física y de una suerte de ambigua sensibilidad entre las madres y esos hijos, que evidentemente se sentirían, más tarde, producto de un tipo peculiar de capítulo perverso de la humanidad. Ello mismo aconteció, bien es cierto, en los campos de detención clandestina de los genocidios, en los cuales en las salas de tortura se engendraban hijos o se procedía a apropiarse de otros de embarazos en curso.

Si existe una Historia oficial, narrada desde el Reino de España como una suerte de relato del allegamiento de la civilización a estas tierras habitadas por seres supuestamente inferiores en cultura y primitivos en su instrucción (lo que evidentemente evidencia otro paradigma, no un paradigma inferior), ello produjo un encuentro entre culturas que fustigó a los aborígenes (cuya etimología significa “habitantes desde el origen”, en este caso de las tierras americanas). Violar un territorio ajeno, violar a sus mujeres y niños y niñas, violar sus posesiones, no constituyen sino hechos del orden de no criminal, no de del orden de lo opinante. El semema de la violación, entonces, resulta una de las unidades de sentidos más pregnantes en esta novela.

Libros como los de Ana Gloria Moya, despliegan una multitud de discursos sociales insertos en la ficción, interdiscursividades, de voces, de documentos que remedan los oficiales y los de los aborígenes, en ocasiones obligados o forzados a pronunciar o declarar mediante escribientes, lo cual atravesaba dichos discursos de ideologías sociales no necesariamente fieles a quienes las pronunciaban ni a la verdad que ellas pretendían pronunciar, a lo que deberíamos agregar la distorsión producto de los malentendidos idiomáticos o de traducción.

Novela hondamente dialógica, opositora a una “verdad histórica” oficial, fija, estabilizada en un relato único e incontestable, más bien pone en circulación una versión o, más preciso sería decir, varias versiones en cuestión que desautorizan dicha unicidad bajo la forma de voces, discursos, escritos, textos, intertextos, que bajo la forma de recreación libre de documentos o seudo-documentos ponen instalan esta asimetría que venimos mencionando desde el inicio de la presente reseña. Las alusiones mediante paratextos tales como epígrafes o citas construyen un tipo de texto que irradia vectores hacia zonas altamente semánticas, a través de las cuales es posible sumarse a una lógica narrativa ficcional de la argumentación historiográfica, para definir en una fórmula lo más logrado de la novela.

Las religiones míticas, formas de relatos ancestrales sobre la génesis de ese universo aborígen también intentan ser acallados, violentadas esta vez, al igual que la lengua original de los indígenas, por un tipo de violencia semiótica que se funda ya no sólo en una violencia material, sino en las voces, las creencias y todo aquello que guía las prioridades y los horizontes de los antiguos habitantes de estas tierras. Si el saqueo de plata y oro, de integridades físicas, alimenticias, de la fauna y la flora, resultan tanto en guarismos cuanto en operaciones formas de intervención en el orden de lo humano y del ecosistema, no menos cierto es que se procede a incorporar a ese universo aplastado formas de significación social que pretenden inhibir, acallar, imponer, esto es, dejar como huella una lengua ajena, una diglosia que impregnará la vida partida de los aborígenes.

No obstante, el viaje que la protagonista de esta historia deja por escrito, son los viajes

trágicos y truculentos de sus contemporáneas. Su arribo al “Viejo Mundo” no acrece en mayor poder sino en una humillación ingente que no puede ser siquiera superada por la venganza ni el acceso al poder. El ascenso social, de prostituta a Regenta, articula un tipo ambiguo de logro perverso que no hace sino confirmar de modo infame la impotencia.

Sin dejar de reivindicar el universo genérico de las mujeres, Ana Gloria Moya no pierde de vista sin embargo que también hubo y ha habido mujeres españolas, en este caso, funcionales al sistema de opresión de los varones españoles y, por tanto, cómplices de sus acciones violatorias de los más tarde reconocidos y legislados (pero contadas veces ejercidos) derechos humanos de las comunidades originales.

Abundan en la novela (que aborda el lapso que abarca desde fines del siglo XV al siglo XVI) textos declaratorios oficiales en los cuales personajes pronuncian su verdad o bien son forzados a pronunciarla, bajo la forma de amenazas, y dicho discurso manipulado con intenciones de ejercer la subordinación sobre sujetos subordinados vuelve inestable la enunciación. Como abogada y Doctora en Leyes, Ana Gloria Moya conoce a fondo el tipo de escritos que despliegan las instituciones oficiales, sus giros, el tipo de ventriloquia que ejecuta quien procede a emitir una declaración y ello obra como una forma de restituir la justicia. Se trata de un tipo de dispositivo discursivo donde se busca que el otro diga lo que se desea escuchar mediante estrategias argumentativas protocolares.

Los hijos fruto de las violaciones de mujeres aborígenes generan sentimientos aberrantes en quienes los han parido. Hijos no deseados, hijos concebidos y que son fruto de

la violencia, del avasallamiento, de la destrucción de la libre voluntad, la lascivia del invasor y el libre ejercicio de la sexualidad, además de constituir una síntesis entre elementos antitéticos: dos razas, dos culturas, dos bandos, se trata del recordatorio de que el dolor prosigue bajo la forma de un ser vivo que, no obstante, merecería vivir, y vivir con derechos y civilidad y se desarticula en dos identidades sociales, de las cuales es resultado.

Doctora en Derecho, abogada, escritora, ganadora del galardón *Sor Juana Inés de la Cruz* 2002 en México, el *Premio de Honor Literario de la Municipalidad de Salta* (2002), El *Primer Premio PRO CULTURA de Salta* (2001), publicó además otros cuatro libros: *Cielo de tambores* (Editorial Emecé, 2003), *Sangre tan caliente y otras pasiones* (1997, cuentos) y *La desmemoria* (1999, cuentos). Realiza desde la Sociedad de Escritores y Escritoras de Argentina (SEA) una tarea gremial desde su provincia, Salta, verdaderamente vanguardista y pionera y es la prueba de que desde otras zonas de nuestra patria que no sean la Capital Federal o la Provincia de Buenos Aires, también es posible generar polos de producción cultural, de instalar debates e ideologías sociales novedosas, sin la prescindencia de

la edición y la circulación por la industria cultural y editorial de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires o, incluso, del extranjero.

No es la primera ocasión en que Ana Gloria Moya incursiona en la novela histórica. Ya lo había hecho en las gestas de la independencia con su novela *Cielo de tambores*, donde abordaba las guerras de emancipación por la libertad nacional de nuestra patria.

Finalmente, una última reflexión, esta vez oximorónica. Que una novela sobre la opresión española en tierras americanas esté escrita en idioma español no deja de constituir un síntoma de que la literatura, las lenguas, el lenguaje mismo, pese a que puede imponerse, puede también oponerse, esto es, gestar formas de reivindicación, y cuestionamiento desde su propio interior imprevisible y previsible a la vez, de los orígenes y las supuestas colonizaciones, visibilizando el sufrimiento, el dolor, no solo de los y las aborígenes, sino incluso de los mismos conquistadores conminados a órdenes de sus superiores y a su propia codicia. Una suerte de insurrección de los signos que no se resignan ni al atropello ni a la queja. Más bien apuestan a una crítica severa que de modo reflexivo devuelva una imagen distorsionada del espejo.